

como ellas propias lo prueban.  
 Por ella Adán fué perdido  
 y quebrantó la obediencia,  
 y vino á mucho trabajo:  
 que háy muchas mujeres necias.  
 Quiso Dios, por las maldades,  
 á Gomorra echar por tierra,  
 y á dos ángeles mandó  
 que luego á Lot saquen della;  
 sale, y á la mujer dicen  
 que no vuelva la cabeza,  
 porque en volviéndola atrás  
 se ha de convertir en piedra.  
 No le sufre el corazón,  
 que el amor propio le fuerza,  
 y vuélvese piedra mármol:  
 que hay muchas mujeres necias.  
 Toma Jezabel la viña  
 al pobre, sin ver que yerra,  
 y quiere ofender á Dios  
 él y usurpalle su hacienda.  
 Teme el rey, ella no teme,  
 que su apetito le ciega,  
 y aunque ve la sinrazón  
 no la mueve la conciencia.  
 Permite Dios que los perros  
 la coman sus carnes fieras  
 y sean su sepultura:  
 que hay muchas mujeres necias.  
 Vióse Troya en grande triunfo  
 y siempre de glorias llena,  
 rica de fuertes soldados  
 y capitanes de guerra.  
 Vióse París muy alegre,  
 la ciudad de gente buena,  
 de brocado, plata y oro,  
 aljófar, perlas y seda.  
 Y estando de aquesta suerte  
 se abrasa toda y se quema  
 por Elena, que fué causa:  
 que hay muchas mujeres necias.  
 Gasta el grande Marco Antonio,  
 solamente en una cena  
 con su querida Cleopatra,  
 grande suma de riquezas.  
 Y llegándole al alcance  
 el valiente Julio César,  
 muere peleando en el campo  
 sin que nadie le defienda;  
 y por no verse en sus manos  
 Cleopatra, según se cuenta,  
 á sí misma se dió muerte:  
 que hay muchas mujeres necias.  
 Aportó Eneas á Cartago,  
 después de tantas tormentas,  
 por la desdicha de Troya,  
 que fué abrasada y deshecha.  
 Y la favorable Dido,  
 remediando sus miserias,  
 le aposenta en sus palacios  
 con una y otra largueza.  
 Déjala burlada y váse,  
 y al mismo punto la reina  
 se pone un áspid al pecho:  
 que hay muchas mujeres necias.  
 Hereda Rodrigo á España,  
 y apenas el cetro hereda

cuando le cercan trabajos  
 y mil desdichas le cercan.  
 Vió su mal en un jardín,  
 pues viendo á la Cava bella  
 se abrasó de amores luego:  
 que amor todo lo atropella.  
 Forzóla, mal de su grado,  
 y ella ofendida se queja,  
 por donde se perdió España:  
 que hay muchas mujeres necias.  
 Salimos á este teatro  
 con más miedo que vergüenza,  
 y apenas aquí salimos  
 cuando ya todas nos quemán.  
 Una dice: ¡qué mal talle!  
 otra, ¡qué malditas piernas!  
 otra, ¡qué malos vestidos!  
 todos se turban y yerran.  
 Otra murmura entre dientes:  
 ¡Jesús, qué mal representan!  
 y no me espanto, señoras,  
 que hay muchas mujeres necias.  
 Murmuren, hablen y rían,  
 figuen y corten de veras,  
 que tengo por imposible  
 el querer tapar sus lenguas.  
 Que lo que es pedir silencio,  
 entiendo que es cosa vieja  
 y que nadie lo ha alcanzado  
 poco ni mucho, mis reinas.  
 Y así agora no le pido  
 ni quiero ponerme en cuentas,  
 que ya sabe todo el mundo  
 que hay muchas mujeres necias.

## 171

LIII.—Otra loa.<sup>1</sup>

Pariendo, juró Peláya  
 de no volver á parir,  
 y luego volvió á decir:  
 «jura mala en piedra caiga.»  
 ¿Qué es ver el placer y el gozo  
 con que los hombres se embarcan  
 para venir de las Indias  
 á sus deseadas patrias?  
 Aquí el uno embarca el oro,  
 allí el otro la esmeralda,  
 el otro el rubí, el jacinto,  
 el brasil, ébano y plata.  
 Allí las curiosas telas,  
 aquí las conchas de nácar,  
 los corales á racimos,  
 allá el topacio y las galas.  
 Unos su rancho aperciben,  
 otros al piloto hablan,  
 unos suben á la popa,  
 otros en la nave saltan.  
 Unos que el tiempo conocen,  
 pronostican sus mudanzas,  
 otros que la nave llegan,

<sup>1</sup> De la octava parte de las comedias de *Lope de Vega*, 1617.

otros que la nave parta.  
 Ya los temerosos lloran,  
 ya los animosos cantan,  
 y da voces el piloto  
 pronosticando esperanzas.  
 Menéanse los navíos,  
 disparan algunas balas,  
 vanse alargando á la mar,  
 tocan pífanos y cajas,  
 y en el mayor regocijo,  
 cuando el piloto levanta  
 las voces, á España vemos,  
 ea, que vemos á España,  
 ven enlutarse los cielos,  
 amontonarse las aguas,  
 combatir los elementos,  
 crujir las breadas tablas,  
 subir el agua á los cielos,  
 bajar al profundo el agua,  
 dar vaivenes los navíos,  
 quebrarse el timón, las jarcias.  
 Descúbrese la escarena,  
 decir el piloto: ¡amaina,  
 vuelve el timón, que va á fondo:  
 presto la resaca aguarda;  
 recójanse las latinas,  
 que va el bajel á la banda;  
 que perecemos, Santelmo,  
 sube del ferro las áncoras!  
 ¡Válame Dios!; ea, señores,  
 echar fardeles al agua;  
 aquí es de ver las promesas,  
 juramentos y plegarias.  
 Unos prometen ser frailes,  
 poner en Loreto lámparas,  
 visitar tal santuario,  
 llegar á la casa santa.  
 Otros ver á Santiago,  
 patrón de nuestras Españas,  
 dar su hacienda á la de Atocha,  
 consagrar á Dios las almas.  
 Juran de cumplirlo todos  
 con eficaces palabras.  
 Sosiégase la tormenta;  
 los marineros amainan.  
 Llegan al dichoso puerto,  
 donde al punto desembarcan,  
 y los juramentos hechos,  
 viéndose en tierra, desmayan.  
 Dice el uno: ¿vos cumplís?  
 dice el otro: eso me falta;  
 y el juramento no importa:  
 «jura mala en piedra caiga.»  
 Veréis un valentonazo,  
 de los que defienden daifas  
 y que retuercen bigotes,  
 matasiete de la hampa.  
 Destos que un broquel de acero  
 se comen á rebanadas,  
 y dan cédulas de vidas  
 con los ganchos de sus dagas.  
 Venden juncia con sus hembras,  
 que rompen y despedazan,  
 y que al sol, si el sol le ofende,  
 despedazara en campaña.  
 Y ofreciéndose ocasión,  
 antes de sacar la espada,

echan veinte ó treinta votos  
 que han de aniquilar las almas.  
 Hágales rostro un rapaz  
 mostrando alguna arrogancia,  
 veréis que luego se rinden,  
 diciendo con voz más baja:  
 «no se horaden los pellejos,  
 mis juramentos se acaban;  
 vaya el diablo para puto;  
 envaine, seor Carranza.  
 Ahóguense en un bodega  
 todas aquellas bravatas,  
 y si juré de matalle,  
 jura mala en piedra caiga.»  
 También suelen decir  
 estas melindrosas damas,  
 en sus deseados partos,  
 con tres dolores que pasan.  
 Allí las veréis llorando,  
 maldiciendo el ser casadas,  
 jurando de nunca más  
 tener hombres en la cama.  
 De no hacer vida con ellos,  
 ni ellas hacerse preñadas,  
 y que si el dolor supieran  
 fueran primero unas santas.  
 Despedázanse las tocas,  
 las manos se despedazan,  
 no se acuerdan de los gustos  
 hasta que el tormento pasan.  
 Y si después los maridos,  
 entre sábanas de Holanda,  
 con ellas están esquivadas  
 y las vuelven las espaldas,  
 les dicen: «¿tan bobo sois?  
 Volved, perdidos, á casa,  
 y no os creáis de ligero:  
 jura mala en piedra caiga.»  
 ¡Cuántos votos tengo hechos  
 y perrogaciones cuántas  
 de no ver farsas como ésta,  
 ni representar en farsas!  
 Porque revolviendo en mí  
 de aquellas fiestas pasadas  
 que por mi gusto tracé,  
 ¡cuán llenas fueron de cargas!  
 Juré de no entrar en otras  
 por las regiones séráficas,  
 por los claustros díficados  
 por las díficadas Santas,  
 y que sobre mí cayesen,  
 si representase, láminas,  
 bronzes, termas, chapiteles,  
 torres, efigies, montañas,  
 mausoleos y obeliscos,  
 templos, coliseos, estatuas,  
 colosos, filabres, bóvedas,  
 simulacros y murallas.  
 Pero cuando considero  
 de aqueste lugar la gracia  
 con que nos hacen reir,  
 su gente tan cortesana;  
 y cuando veo que el cielo  
 está tirando la barra  
 en regalarnos á todos  
 dentro de su propia casa;  
 y cuanto á mis ojos veo

tan noble gente y gallarda,  
tan honrados mayordomos,  
tan nobles casas y honradas,  
tanta generosidad,  
tanta discreción, constancia,  
tan buenos entendimientos,  
tantas y tan bellas damas:  
considerándolo todo,  
diré de muy buena gana,  
con el piloto en la nave,  
con el otro que se embarca,  
con el valentón cobarde,  
con la melindrosa dama,  
con el otro que promete:  
«¡jura mala en piedra caiga!»

## 172

LIV.—Loa en alabanza de la  
vanidad.<sup>1</sup>

Habrà cosa de dos días  
que, viniendo á la comedia,  
un galán falto de galas  
y sobrado de la lengua,  
que es ya caudal en los pobres  
hidalgos de vida estrecha  
romper honras que están sanas  
por mostrar la suya entera,  
y dijome, viendo acaso  
de color vestido, que era  
vanidad todo el vestido  
desde el sombrero á las medias.  
Entendiólo, aunque iba lejos,  
pero enfrené la soberbia  
por decir con humildad  
lo que es vanidad con veras.  
Allí no le respondí,  
por saber bien que frecuenta  
las comedias; aquí quiero,  
pues que dentro está, que advierta  
que en público y en secreto,  
en la calle y en la iglesia,  
en la guerra y en la paz,  
que la vanidad es buena.  
Vanidad de vanidades  
llaman las sagradas letras  
cuanto debajo del sol  
en todo el orbe se encierra.  
De todo cuanto hay criado  
es ella la quinta esencia,  
de que las cosas se engendran.  
Pues, si todo es vanidad,  
y en obras malas y buenas  
lo vemos cada momento,  
luego vanidad hay buena.  
Presume de caballero,  
á pesar de malas lenguas,  
el que en la guerra de Francia  
era anteayer pica seca.

<sup>1</sup> De la octava parte de las *Comedias de Lope de Vega*, 1617.

Para conservar el nombre  
de aquella vana nobleza,  
huye las juntas del vulgo  
y á los ilustres se allega.  
Al uno acompaña y sirve,  
al otro convida y presta,  
guarda palabra y verdad:  
luego vanidad hay buena.  
Pensó casar doña Aldonza  
con don Amadís de Grecia,  
por llamarse señorfa,  
traer coche y rozar telas.  
Y por esta vanidad  
hizo ventana y dió puerta:  
entrególe su persona,  
quedóse burlada y necia.  
Para enmendar el avieso  
éñtrase en la Magdalena,  
y es hoy una monja santa:  
luego vanidad hay buena.  
Para hacer más grande el plato,  
hace más grandes las deudas  
el otro grande de España,  
grande en valor, chico en fuerzas.  
Llegóse el otro don hambre  
y allí la suya remedia:  
que si comiera en su casa  
siempre ayuno se estuviera.  
Con la vanidad del uno  
el otro su falta lleva  
sin descubrirla al vecino:  
luego vanidad hay buena.  
El otro, bravo español,  
sólo porque el mundo entienda  
que es otro fuerte Anibal,  
otro Cipión, otro César,  
de la vanidad tocado  
á su general le ruega  
que le ponga en la vanguardia  
donde es la muerte más cierta.  
Asáltase la muralla,  
éñtrase en la fortaleza,  
degüéllase el enemigo:  
luego vanidad hay buena.  
Ha de votar un oidor  
un pleito, y para que vean  
los compañeros jüeces  
que son mayores sus letras,  
no se desnuda en tres noches  
abrasándose las cejas  
por ver todos los autores  
que escriben de tal materia.  
Apuró allí la justicia,  
saca buena la sentencia,  
dale lo suyo á su dueño:  
luego vanidad hay buena.  
Hace un mayorazgo el otro,  
labra una casa soberbia  
por eternizar su nombre  
con necedades de piedra.  
Para cuyo intento vano  
madruga, trasnocha y vela,  
viste mal, come peor,  
pasa estrechura y miseria;  
aun no han pasado dos siglos,  
falta un sucesor, hereda  
un hospital la memoria:

luego vanidad hay buena.  
Hace de una historia grave  
una admirable comedia,  
para mostrar lo que vale  
un ingenio de poeta.  
Alborota una ciudad  
y á los que la representan;  
porque la hicieron tan bien  
otra las da mejor que ésta.  
Desvanécese la fama,  
gusta el pueblo, él se remedia,  
lleva el cuarto el hospital:  
luego vanidad hay buena.  
Salí yo de vanidad  
vestido, como la cuenta  
el galán que tengo dicho,  
que es por quien hago esta cuenta.  
Fáltome en el día hoy  
loa para esta comedia,  
y con sola una palabra  
me dió bastante materia.  
Yo he remediado esta falta:  
vuestas mercedes adviertan  
que si por vanidad callan  
será vanidad muy buena.

## 173

LV.—Loa éntre un villano  
y una labradora.<sup>1</sup>

VILLANO. ¡Que siempre en los grandes días  
sucedan casos extraños!  
¡Oh, nunca dejara ayer  
la paz de mi humilde campo!  
Bien sé que siempre se pierde  
á los que van caminando  
de la ropa ó del vestido  
por descuido ó por cuidado.  
Cuando en tan gran confusión  
perdiera ¡no era milagro!  
las alforjas ó el capote,  
ni aun el jumento entre tantos;  
mas que se me haya perdido  
mi mujer, ¡extraño caso!  
sólo en Madrid se perdiera  
una mujer de veinte años.  
Ahora bien, ¿qué puedo hacer,  
si la busco y no la hallo?  
Cumpliré con mi conciencia  
con tres pregones ó cuatro.  
Pero si lo miro bien,  
que se pierda no me espanto  
mirando tanta grandeza,  
tanta variedad mirando,  
que oigo decir que es hermosa  
(más que por sí) por lo vario  
la madre Naturaleza;  
pues ¿por qué la estoy culpando?  
¡Oh, generoso instrumento  
de varias cuerdas templado,

<sup>1</sup> En las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

donde sirve de alma un rey  
con su poderosa mano,  
en quien tan sabios ministros  
sobre su dorado lazo  
son cuerdas en que consiste  
la vida de sus vasallos!  
¡Quién supiera engrandecerte!  
Mas como rudo villano  
quiero ilustrar mi bajeza  
de pensamientos más altos,  
lo que apenas ver merezco  
temerariamente alabo.

*Sale la LABRADORA.*

LABRAD. A la fe, topé con él.  
¿A dónde os quedasteis, Sancho?  
VILLANO. ¡Con buen achaque venís!  
¿No os dije que de mi lado  
no os apartádeses?  
LABRAD. Vos  
tuvistes la culpa cuando  
me dejastes, porque en fin  
estábades obligado  
por cortesía ó por fuerza,  
y aun temor, á no apartaros  
sólo un instante de mí.  
VILLANO. Ya estaba determinado  
á pregonaros. ¿Qué habéis  
hecho?  
LABRAD. A la fe, no he dejado  
cosa que no lo haya visto.  
En mueso puebro colgamos  
árboles, redes y flores,  
y aquí telas y brocados:  
¡qué calles tan bien vestidas!  
VILLANO. ¿Por ventura entre esos ramos  
hay más almas que en las telas?  
LABRAD. Luego me fuí paso á paso  
donde dicen que salía  
la procesión, y esperando  
veo venir la tarasca  
perseguida de muchachos,  
que diz que no es cosa viva:  
son que unos hombres debajo  
la llevan por donde quieren.  
VILLANO. Ansí el mundo va rodando,  
porque como ella sombreros,  
se traga el tiempo los años.  
LABRAD. Luego vi, Sancho, unos niños  
en camisa y coronados  
de flores, y esto aprendí  
que entonces iban cantando:  
*Pascual, ¿no me dices vos  
aquello branco qué sea?  
que á mí me parece oblea  
y dice el cura que es Dios.*  
VILLANO. Mira, Teresa, ese pan  
le mira el entendimiento  
con los ojos de la fe.  
LABRAD. Ya sé que es Dios, porque luego  
que el sacerdote le dice  
las palabras, aunque veo  
pan, no es pan, que es Dios.  
VILLANO. En fin,  
¿qué viste más?  
LABRAD. Prosiguiendo  
la procesión, los gigantes

con dos cabezas salieron  
por cima de los pendones.  
Una vez me fuí tras ellos,  
y á donde se vende el vino  
pasaron, que el tabernero  
David diz que se llamaba,  
y en viéndole se cayeron.  
Tras los pendones y cruces  
las sacras órdenes veo,  
y después la clerecía  
y en colando de los cregos,  
con los carrillos hinchados,  
soprando unos hombres veo  
pescuezos como de ganso,  
que diz que eran estromentos.  
Con ellos viera también  
unos barbados de prieto  
y otros sin pelo de barba  
mosicando el «tanto negro»  
que parecían angeles.  
Pero lo que vi tras ellos  
¿quién te lo podrá decir?  
VILLANO. Son, Teresa, los Consejos,  
los sagrados senadores  
y los cónsules supremos  
de dos mundos de Felipe.  
LABRAD. Los mundos no iban con ellos,  
mas bien se echaba de ver  
que eran sus almas y dueños.  
Luego debajo de un palio,  
cuyas varas me dijeron  
traía el Corregidor  
y el ilustre Ayuntamiento,  
venía en un edificio  
de oro y plata descubierto,  
en hombros de sacerdotes,  
el pan que bajó del cielo.  
Y después de los que habían  
dicho la misa, un mancebo  
que dijeron que era el Rey,  
con otro á su lado izquierdo  
que llamaban el enfante,  
y dije (aunque habrando quedo):  
*después de haber visto á Dios,  
no hay más que ver que á los dos.*  
VILLANO. ¿No viste luego también  
la venerable presencia  
del ilustre Presidente  
cuyas virtudes y letras  
son de esta máquina polos  
que con tal celo gobierna?  
¿Y el Ilustrísimo Nuncio  
del gran Pastor de la Iglesia,  
con los tres embajadores  
Francia, Alemania y Venecia?  
LABRAD. Todo lo vi, pero fué  
tanta la gente y la priesa  
que nos daban unas lanzas  
con unos picos en ellas,  
que fué milagro librarme.  
VILLANO. Menos tu peligro fuera  
á estar mirando conmigo  
la serenísima Reina  
doña Isabel de Borbón  
y un vivo clavel con ella  
del príncipe Baltasar.  
Pues las damas, no dijeras

sino que á la tierra el cielo  
trasladaba sus estrellas.  
En esta atención que digo  
oigo unos hombres de letras  
que trataban de los autos.  
¿Y qué son autos?  
LABRAD. Villano. Comedias  
á honor y gloria del pan  
que tan devota celebra  
esta coronada villa,  
porque su alabanza sea  
confusión de la herejía  
y gloria de la fe nuestra,  
todos de historias divinas.  
Y luego dijeron que era  
de cuatro ingenios lo escrito,  
de dos autores la fiesta.  
Es el nombre de Jesús  
uno de los tres. Pues llegas  
á tiempo que puedas verle,  
vamos á verle, Teresa,  
pero no te has de perder.  
LABRAD. Vamos; y pues cielo y tierra  
al sacro nombre se humilla  
y el mismo infierno le tiembla,  
quitate la caperuza,  
y al uso de nuestra aldea  
haréle yo la medida  
y tú le harás reverencia.

## 174

LVI.—Loa entre el Celo  
y la Fama.<sup>1</sup>

*Sale el CELO cantando y pregonando.*

CELO. En la plaza de Santa María,  
virgen bendita,  
hay vino nuevo  
del heredero  
del reino del cielo  
á tres blancas, á tres blancas:  
Fe, Caridad y Esperanza.  
A la rica triaca,  
vino del cielo,  
que es la sangre de Cristo  
contraveneno.

*Sale la FAMA.*

FAMA. Quien quisiera blanco pan,  
acuda á la Santa iglesia,  
que allí le tienen agora  
puesto en una blanca mesa.  
Pan del trigo de Belén,  
casa de pan, la primera  
que fué depósito suyo  
luego que vino á la tierra.  
¿Quién quiere pan entre lirios,  
entre rosas y azucenas?  
ya no cercado de espinas,  
porque impasible se muestra;

<sup>1</sup> En las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

pero puédelas tener  
si aquel que á comerle llega  
no lleva el justo cuidado.  
Ea, ¿quién viene?; ¿quién entra?  
CELO. Un blanco ramo de oliva  
tiene este vino á la puerta,  
mas trocaráse en espada  
como en desgracia se beba.

*Cantando.*

A la rica triaca,  
vino del cielo,  
que es la sangre de Cristo  
contraveneno.  
FAMA. ¿Quién sois vos, que pregonáis  
en altas voces?  
CELO. Si es alto  
el misterio que pregono,  
¿cómo queréis que hable bajo?  
Mas vos que lo preguntáis,  
¿quién sois?  
FAMA. La Fama me llamo.  
CELO. Yo, el Celo.  
FAMA. ¡Oh, qué pan el mío!

CELO. El vino de que yo hablo  
se bebe con ese pan.  
FAMA. Celo, en ese vino santo  
el heredero del cielo  
tiene puesto un rico trato.  
Y yo os prometo que es tal,  
que Dios á sus convidados  
pide que dél se embriaguen,  
porque es vino soberano  
que, en éxtasis celestial  
de sus misterios sagrados,  
arrebata los sentidos.  
CELO. Y á fe que es mejor que cuantos  
ha visto ni verá el mundo,  
que el vino de Asuero es malo,  
el de Baltasar peor,  
robándole á Dios sus vasos.  
El de aquellos que dijeron  
«hoy comamos y bebamos»,  
que mañana moriremos»,  
es vino para bellacos.  
Y aunque entre el de archiciclino,  
con ser de Cristo milagro,  
no iguala con este vino,  
que de pies, costado y manos  
del heredero del cielo,  
salió para el bien humano.  
El solo pisó el lagar  
y fué aquel racimo santo  
de la vid que él mismo dijo,  
y donde se vió colgado.

*Cantando.*

A la rica triaca,  
vino del cielo,  
que es la sangre de Cristo  
contraveneno.  
FAMA. Pues ¿qué diré yo del pan  
que en aquel virgíneo pecho  
sembró el Espíritu Santo,  
aunque por medio del leño  
atravesado le quiera  
aquel incrédulo pueblo?

Esta mesa vió David,  
deste pan habló primero,  
y llamó preclaro al cáliz  
de ese vino de los cielos.  
Este es el pan que otra vez  
dijo que este Rey inmenso  
daba á los que le temían.  
Pan que da gracia y consuelo,  
pan de rosas, pan de azúcar,  
pan de vivos y de muertos.

*Canta.*

CELO. Quien le quiera, señores,  
acuda presto,  
que aunque ya fué vendido  
no tiene precio.  
¿No es éste el vino, señores,  
por quien dijo Cristo á Diego  
si le podía beber,  
si bien por alto misterio?  
Memoria es de su Pasión;  
por eso acudan, y luego  
que se da á todo y á todos.  
FAMA. Vos, Fama, en tanto que vuelvo,  
decid lo demás al mundo.  
CELO. Cielo, ayuda al santo celo  
desta ilustrísima villa  
mientras yo pido silencio  
y le pido á quien desca  
tener mi fama sirviendo,  
que cuando en las obras faltes  
han de estimar su deseo.

## 175

LVII.—Loa en morisco que ha de  
echar vestido de peregrino, y  
luego se desnuda y queda de  
Amatillo.<sup>1</sup>

Olea en garganta la olía  
á vox que mete á esconderme  
per no pesar el tragonte  
de mocho agoa é mochos peces.  
El abitilio es amego,  
librar peregrino amete  
é por no hablalde morisco  
está poco enmodcerme.  
Joro á Dios que haber mamado  
el epilio é que quedelde  
en su Aspania, á quedar moro,  
pero cristiano volvelde.

*(Desnúdese el hábito de peregrino y queda de Amatillo.)*

Porque decirnos on cora  
ona, dos é dos mel veces  
que estar verdad mochas cosas  
que lo entendimiento adoermen.  
Decer que alía, alía á lo alto  
estar ono solamente

<sup>1</sup> En las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

é ser tres, lo padre é hejo  
é otro que de elios procede.  
Lo primero, que es lo padre  
aqueste segundo agendre,  
é después lo padre é hejo  
jontos aspiran á éste.  
E que todos tres ser ono  
é decer es como poede  
ser eso, é decelde el cora:  
la fe lo dece, creelde.  
Decer que estando jontilios  
ordenaron de hacerme  
á me ó Dan que todo es ono  
é de on soplo hacerme veinte.  
Logo hacer Ba, so mojer  
de on costelea mientras doerme,  
é dez que quitar costelea  
sin que Dan nada dolerle.  
Ponerlos logo en horto  
espacioso, fresco, alegre,  
lleno de frotos, é en él  
cuatro boeras ó fuentes.  
E dez que Dios manda Dan  
que no Ba, que no comelde  
de frotelía, de manzano  
se no que vener lo duende.  
Cata lo diablo á manzano  
en colibrón se revoelve,  
é decer Ba que comer  
é beber perpetuamente.  
Estar Ba muy goloselia,  
pensar que quedar barente  
de Dios si engolter lo fruto,  
comer Dan, doler los dentes.  
E decer yo al cora: padre,  
¿es posible que podiese  
colibrón Dan Ba ganiar?  
La fe lo dice, creelde.  
Diz que alma quedar de Dan  
por comer hecha on pobete  
de teznada, Dios mohino,  
ángel que al horto defende.  
Sudar Dan para comer,  
coerpo de Dios, Dan temelde,  
é no comelde á manzano  
por dar gostilio á mojeres.  
Determinó de libralde  
Dios, Dan é de los tres viene  
el denmedio, que es el hejo,  
no el padre, é tampoco aqueste.  
El satisfacción querer  
que foese de aquesta suerte,  
carnar, nacer, prisión, zotes,  
clavos, cruz, como á solente.  
Por obra de lo tercero  
hacerse hombre dentro el ventre  
de on doncelia é lo parir  
siendo doncelia á pesebre.  
Porque como el moynado  
era Dios, por fuerza fuese  
Dios para satisfacer,  
hombre para pasar moerte.  
Decer yo, si es Dios é hombre  
padre, al cora: ¿cómo moere  
hombre é quedar vivo Dios?  
La fe lo dice, creelde.  
Porque no quedara hombre

pobre despues de su moerte,  
dexar el mayor tesoro  
que tovo ni tover puede.  
Diz que Dios quedar guardado  
detrás de onos azadentes  
que server de nobe blanco,  
porque no poder Dios velde.  
E decer que tanto más  
hacer Dios de aquesta soerte  
cuanto hacer se dispuso  
que en menos hombre tenelde.  
Porque si el fe faltara hombre  
é ver Dios en lo pesebre  
hombre poso decir que era  
pero lia pan solamente.  
E decerme que á lo pan  
el sostancia le socede  
Dios amendo é afinito  
é que hombre poder comelde.  
Porque no agalapar  
con carne beva hacer quede  
de pan que gostar gaznate  
cinco puros azadentes.  
E que Dios ni oir, ni ver,  
gostar, ni tocar, ni olelde.  
Yo dudar; decirme el cora:  
la fe lo dice, creelde.  
Lindo andar amor con Dios  
hacelde hoy que se pasee  
cuerpo á cuerpo é lado á lado  
con hombre que tanto ofende.  
Darse de valde á comer,  
pero un poquilio Dios quiere  
haz hombre, liegar limpia  
alma porque á gusto le entre.  
Porque liegando Socilia  
tener Dios allí un machete,  
que es joicio ver cómo corta  
é de secreto da el moerte.  
Mas si llegar limpia el alma  
aqueste franco banquete,  
hacer Dios, Dios hacer alma;  
mirad qué dichosa soerte.  
Ea, Dioses en la tierra  
que deste Dios sois tinientes,  
cuyos tesoros franquean  
para que guardalde é dedes.  
Dispenseros de lo corpo  
é sangre soya ¡qué aliegres  
estaréis teniendo liaves  
de lo bien que es bien de bienes!  
Ea, yontamiento elostre  
de quien devoción aprenden  
todos, desde helado Scitia  
hasta Etiopia caliente.  
Ea, por Dios que á liegar  
á topar con los copetes,  
damas del casa que estar  
como el sol resplandecientes.  
Ea, bozarros galanes,  
ninios é viejos prodentes;  
ea, viejas, que hasta viejas  
hoy es josto que se alegren.  
Ande la alegría, baile,  
tamborilio é panderete;  
ande la vuelta gitana,  
ningún cosa linda güelgue.

En lo convite de Cristo,  
en lo batizo de Amete,  
que en batizando liegar  
con todo el pueblo comelde.  
Pero antes de lo batizo  
á representar querelde  
segon veo, se calialde  
dalde yo á todos mil bienes  
á hombre das pasa é hego,  
ponión, cuzcuz, mendra, noece,  
que por ser frota del piernas  
será sabrosa al comelde.  
Al mojer dará mi amo  
Solimán, con que se afeite  
targentía para mudas  
per las que elias hacer suelen.  
Darlal he si calian, tocas  
para gostos diferentes;  
las de á rempujón de fraile  
daré á devotas mojeres.  
Descansilios, carramanes  
é otras diversas soertes,  
é se no la maldición  
me caiga si nada deldes.  
Pero sólo por tomar,  
que tales sois las mojeres,  
tomaréis logo el consejo;  
se lo haceldo estar prodentes,  
se no lo haceldo, decer  
que sos loquillas Amete,  
por faltar como á los locos  
de la discreción lo aceite.  
Caliar, caliar, que lo digo,  
pues volver cristiano Amete  
sólo por decer el cora:  
la fe lo dice, creelde.

## 176

LVIII.—Loa.<sup>1</sup>

En la cama de los vicios  
está de peligro el alma,  
que este mal es un gran mal  
cuando se viene á hacer cama.  
Mirarle quiero los pulsos  
de la inclinación humana,  
que están sin sus movimientos  
cuando el hombre no está en gracia.  
Ambos pulsos diferente:  
el derecho quema y anda  
como fuego en sus acciones,  
como toro en sus venganzas.  
El izquierdo, de omisión  
tiene intercadencias tantas,  
que apenas pulsa dos veces  
en la virtud, cuando para.  
La indicación destes pulsos  
señala muerte temprana,  
el fuerte, por su malicia,  
el flaco, por su inconstancia.  
Hícele sacar la lengua

y hallésela toda harpada,  
seca de no confesar  
y rota de decir faltas.  
Toquéle el pulso y el vientre  
con opilaciones varias;  
el vientre, de amor lascivo,  
el pecho, rencor y saña.  
Tiene hastío en el rezar,  
y es tan grande que no pasa  
pistos de un avemaría  
con ser tan grande substancia.  
Sólo pide de beber,  
pero ¡triste de aquel alma  
que no pasa sino vicios  
y se los bebe cual agua!  
Todo su mal es modorra,  
y es tal, que no hay despertarla  
el ejemplo del vecino  
ni el doblar de las campanas.  
Con la sesión de la culpa  
da mil vuelcos en la cama:  
que mal sosiega quien peca,  
aunque más deleites haya.  
La memoria de la muerte  
copiosos sudores causa,  
y á guardar algunos destes  
ella quedara bien sana.  
Mas luego se desarropa,  
y el aire de confianza  
tapa los poros del miedo  
y deste sudor la saca.  
No hay cosa que no la duela  
desde el cabello á la planta;  
sólo el dolor de la culpa,  
que es el que importa, le falta.  
Pulso, lengua, pecho y vientre,  
sed, hastío, sueño, bascas,  
piden médico del cielo,  
que de la tierra no basta.  
No la visita hasta ahora  
sino el médico Esperanza,  
doctor que el remedio de hoy  
le guarda para mañana.  
Siempre cura por ensalmos,  
que jamás purga ni sangra,  
ni da garrotes al gusto,  
aunque más deleites haya.  
Híce llamar al Temor  
para que venga á curarla,  
que Esperanza y Temor juntos  
al más peligroso sanan.  
Es temor un gran doctor  
que pronostica y señala  
los términos peligrosos  
para prevenir las causas.  
No cura bien de por sí,  
que su condición extraña  
fácilmente desafucia  
y antes de tiempo amenaza.  
Arguyeron los doctores  
y sustentó la Esperanza  
que cura bien al enfermo  
quien los términos aguarda.  
El Temor dijo: «esa regla  
en aquestos casos falta,  
porque los males de culpa  
al primer término matan.»

<sup>1</sup> En las Fiestas del Santísimo Sacramento. Madrid, 1644.

Y así en la primera junta  
mandó que ordene su alma,  
que es un remedio eficaz  
para dar salud y gracia.  
La Confesión, su enfermera,  
despeje y barra la cuadra,  
y porque no huele á enfermo  
perfume toda la casa.  
Es pastilla la oración  
que presta sobre las brasas  
del fuego de amor inmenso  
hasta el trono de Dios pasa.  
Hoy le traen el Sacramento  
por Viático á esta dama,  
á quien cabildo y ciudad  
con grande pompa acompaña.  
El protomédico real  
ha venido á visitarla,  
y vistos sus flacos pulsos,  
que la den comer manda.  
La Fe le puso la mesa  
y le sirvió la toalla,  
y Amor le da de comer  
estas siguientes viandas:  
Lo primero le trae pistos  
sacados por alquitara  
del carnero de Abraham  
y del ave Sacrosanta.  
Los pájaros de la ley  
Amor en la cruz los asa,  
uno vivo y otro muerto,  
comida de gran substancia.  
Sacóle un pavo de leche,  
y aunque es tierno como el agua,  
tres días le tuvo muerto  
para que mejor se mana.  
Dióle el tierno recental  
que mataron para Pascua,  
que un bocado de cordero  
antes le abrirá la gana.  
Y pues que ya come pan,  
sáquenle una torta blanca  
que la Virgen amasó  
en sus divinas entrañas.  
Denle por postre algo dulce,  
y si acaso la empalaga,  
traigan la Pasión de Cristo,  
que es conserva dulce y agría.  
Y pues es propio de enfermos  
buscar diferentes aguas  
para templar el calor  
que les deseca y abrasa,  
no vertáis, David, el frasco;  
haced un brindis al alma,  
que un agua que cuesta tanto  
será fría, dulce y clara.  
Mas, bien la podéis verter  
por caliente y por amarga,  
que el agua de los deleites  
cuesta mucho y jamás harta.  
Tráiganla para beber  
de aquella fuente de gracia  
que el Protomédico Cristo  
mostró á la Samaritana.  
La memoria y voluntad  
vayan, pues que son esclavas,  
al río de su costado,

y un cántaro entero traigan.  
Coja el agua de sus ojos,  
pues de su corazón mana,  
que aunque es agua de goteras,  
templa, desopila y sana.  
Tráiganla barros y vidrios  
de varias formas y trazas,  
porque se aliente el enfermo  
viendo barro, vidrio y plata.  
Pablo, vaso de elección,  
Dios por su boca le llama,  
porque el alma beba en él  
el néctar de su palabra.  
Esteban es barro fino,  
y pues su sangre derrama,  
será barro colorado,  
sembrado de piedras blancas.  
Tráiganle la copa de oro  
con que la ramera engaña,  
mas enjuáguensela bien,  
que trae ponzoña que mata.  
Y pues ha comido bien  
que muy buen provecho le haga,  
alce la Fe los manteles  
y la enferma dé las gracias.  
Quisiérala preguntar  
si gusto en el manjar halla,  
que es señal de gran salud  
el comer de buena gana.  
Mas dejemos que sosiegue,  
que una cabeza tan flaca  
ha menester reposar;  
¡silencio mientras descansa!

## 177

LIX.—Loa Sacramental del Eco. <sup>1</sup>

Falta de humano consuelo  
escapó de una tormenta  
el alma, y viene sedienta  
de los placeres del cielo.  
Herida de un fuerte rayo,  
santo Dios, el alma viene;  
de la hambre y sed que tiene,  
¿quién le aplacará el desmayo?  
Yo.  
Aquí una voz escuché.  
¡Félice y alegre día!  
¿quién ansí respondería,  
que me ha consolado, á fe?  
Fe.  
Una viña he visto hermosa  
y la Fe me está llamando:  
¿si entraré? ¿qué estoy dudando?  
El alma está temerosa.  
Osa.  
¿Que ose, dijo? Diligente  
de su fruto comeré,  
pues me lo manda la Fe  
y la viña está patente.  
Tente.

<sup>1</sup> En las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

¿Cómo, divina Señora,  
ya la entrada me has negado?  
¿Cómo, habiéndome llamado,  
me detienes así agora?

Ora.  
Al Padre Eterno oraré;  
si entrar conviene primero  
y llorar mis culpas quiero,  
para entrar me dispondré.

Pondré.  
¡Oh, cómo el alma interesa  
en esas voces que das!  
Fe, dime lo que pondrás  
en tan divina promesa.

Mesa.  
¿La mesa? ¡Dichoso fin!  
Fe, si temeroso vengo  
y llanto en los ojos tengo,  
¿sentarme en ella ansí?

Sí.  
¿Y en ella qué me darán?  
Porque parece tu aviso  
eco amante de Narciso  
de los tiempos del Dios Pan.

Pan.  
¿Pan me darán? Y si vino  
con sed el alma á tu altar,  
¿qué otra cosa me han de dar  
en convite tan divino?

Vino.  
Pobre á esta tierra he llegado,  
pues convidándome están.  
¿Y en qué precio me lo dan?  
Porque esto me da cuidado.

Dado.  
¿Quién es el franco, Señor,  
que ansí á sus huéspedes ama?  
¿Quién nos convida y nos llama  
con tan divino clamor?

Amor.  
Si no es bastante comida  
para el hombre sólo pan,  
entre ese pan ¿qué nos dan  
las manos del que convida?

Vida.  
Pan de vida y alegría  
de amor. Si supiera yo  
quién este pan amasó,  
tiernamente le amaría.

María.  
¿La Aurora y cándida Estrella,  
ciprés y cedro eminente,  
huerto, torre, palma, fuente,  
esclava, madre y doncella?

Ella.  
Y ese amor tan liberal  
¿qué dará al alma, si llega  
sin razón ni virtud, ciega  
como de bruto animal?

Mal.  
Luego aunque vida se dió  
en tan soberano plato,  
quien no llega con recato  
esa vida no ganó.

No.  
Comidas de Dios son éstas,  
pues que vida y muerte dan.

¿Y qué haces con este pan  
que tal gusto manifiestas?  
Fiestas.

Inmensas gracias te doy,  
pues mis dudas satisfaces.  
¿Y cuándo las fiestas haces?  
Dilo, pues tu huésped soy.  
Hoy.

Pues Dios quiere que convide  
la Fe á su amor verdadero,  
hallarme en las fiestas quiero  
si mi temor no lo impide.  
Pide.

Tu voz santa reverencia,  
Fe del Autor de la vida.  
Dime qué quieres que pida;  
habla, rompe tu silencio.  
Silencio.

Silencio pide la Fe  
en estas fiestas, Senado.  
Pues yo soy el convidado,  
por todos le ofreceré.

## 178

LX.—Loa en lengua vizcaína. <sup>1</sup>

*Sale un Vizcaíno en calzones de lienzo, con gorra chata, y unas alforjas al cuello, y una azagaya ó lancilla con una naranja en la punta, una bota ó calabaza.*

Buenas noches, digo días.  
Hola, gentes cortesanias,  
buenas días me dé Dios;  
á fe que buenas te hallas.  
Sacudes zapatos polvos,  
quitas naranja azagaya,  
gorra cubres, capa compras,  
que allá no sabemos capa;  
á Peruche de Baiborre  
traes cartas de Vizcaya,  
en casa de porte pides;  
pregunta á Pamplona, á Francia.  
Autos verás de Castilla,  
Juancho, á buen días traes cartas;  
todo te sucede bien;  
corte de á rey bien me agradas.  
Buen calle tienes Madriles,  
á buena fe que son largas,  
agora das un traguillo  
san Martín vino te llamas.  
Hidalgo santo de Dios,  
que al pobre le diste capa  
y á Juancho le quitas sed  
de catorce, las dos ganas.  
Muchas caballeros tienes,  
muchos ventanas en damas;  
Vizcaya tantas no tienes,  
pero más limpias de cara.  
Gran cosa es rey y su corte,  
Arzobispo y Patriarca,  
Grandes, Títulos, Consejos,  
aquí estás del mundo el mapa.

<sup>1</sup> En las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

A la fe, Juancho, dijeras  
de todas mil alabanzas  
á no estar presente Dios  
haciendo cortes al alma.  
¡Oh, pan divino, Dios y hombre,  
que con este capa blanca  
cubrís vuestro raso blanco  
y vuestras calzas de nácar!  
Raso de oro es ser de Dios,  
nácar la natura humana  
que tomastes en el Virgen,  
que es toda llena de gracia.  
¡Oh, hermosa Andrana María!  
¡Oh, hermosa María Andrana!  
Madre de aquel Juangaicoa  
que de la vida nos salva;  
que no sólo permitistes  
que en una cruz os clavaran  
aquellas perros jodíos  
necios con narices largas,  
pero por no os ausentar  
del mundo buscastes trazas  
de quedaros en la hostia,  
en esa alcorza dorada,  
tan buenas para en ayunas,  
que sabe á vos misma el alma.  
Ahora bien autos le escuchas,  
que ya suenan los guitarras.  
Dios os, corte insigne, guarde,  
Dios os, Madrid, tenga en guarda,  
siempre corte y villa juntos  
como cuerpo con el alma;  
que Juancho los pies os besa,  
y en viendo fiestas da cartas,  
que por ser de pan y vino  
le escuchas de buenas ganas.

## 179

LXI.—Loa.<sup>1</sup>

Licencia, señor, expresa  
para hablar con vos me han dado,  
que soy vuestro convidado  
y puedo hablar en la mesa.  
Maravilla es, en verdad,  
veros andar de ese talle  
hoy en cuerpo por la calle  
paseando la ciudad;  
que nunca salís de casa,  
sino sólo á visitar  
los enfermos de el lugar,  
y esto encubierto y con tasa.  
Santo sois, por vida mía;  
tan recogido vivís,  
que pocas veces salís  
de la iglesia noche y día.  
Mas no sea algún rüido:  
saber la causa deseo,  
que toda mi vida os veo

<sup>1</sup> De las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

en la iglesia retraído.  
Y yo no sé en qué consista  
que Dios hombre tan honrado  
ande á sombra de tejado  
perdiéndonos de vista;  
que es cierto cosa tan rara  
esto de vuestros disfraces,  
que con haber hecho paces  
no hay quien os vea la cara.  
No hay, señor, quien os entienda;  
encerraisos en retretes,  
distribuyendo en banquetes  
de vuestro padre la hacienda.  
A fe que al alma me toca  
tanta liberalidad;  
¿no ve vuestra majestad  
que anda ya de boca en boca?  
Por este gasto excesivo,  
los que comen vuestro pan  
y cuantos con vos están  
os querrían comer vivo.  
Y hoy por estar en la fiesta  
y solemnidad que veis,  
por darlo todo tenéis  
una capa ajena puesta.  
Mirad, señor, lo que pasa,  
que sin que Dios se desangre  
os quieren beber la sangre  
los propios de vuestra casa.  
Y con haberos servido  
como á un rey, cuando pagáis,  
la mejor paga que dais  
es comido por servido.  
Y en juicio habéis puesto  
pena á todos de la vida,  
que merezcan la comida,  
pues gotas de sangre cuesta.  
Aunque con el siervo indigno  
os mostráis tan caballero  
que le dais sin el dinero  
la ración de pan y vino.  
Y procedéis de tal modo  
que habiéndose mil quejado  
que les comen medio lado,  
vos queréis que os coman todo.  
Muy cerca, señor, andáis  
de la cruz y agua bendita,  
porque del altar se quita  
la comida que nos dais.  
¿Para qué es largueza tanta  
si á veros habéis venido,  
por hacer bien á un perdido,  
con la sogá á la garganta?  
No se le sigue deshonor  
hoy á vuestra majestad  
de que le digan verdad,  
sino mucha gloria y honra.  
Pueblo cristiano, sed vos  
verdadero y fiel testigo  
de que todo cuanto digo  
es evangelio de Dios.  
Porque mi intención precisa  
es dar á todos contento  
por el santo Sacramento  
que se celebra en la Misa.

## 180

LXII.—Loa entre un villano  
y un galán.<sup>1</sup>

VILLANO. ¡Válgame San Jorge, amén!  
¡Qué atrevimiento he tenido  
en querer decir la loa  
adonde jamás la he dicho!  
En mi puebro, que no tiene  
más de cuarenta vecinos,  
recitaba yo y hacía  
papeles de cinco en cinco.  
En tal lugar, donde veo  
la nobleza que no he visto,  
toda la Corte cifrada  
en este breve distrito;  
tan famosos regimiento,  
tan famosos edificios,  
tan ilustre clerecía,  
nobres y tantos oficios,  
¿qué podré decir, señores,  
sino tres versos mal dichos,  
que en mi puebro parecieran  
ser de Homero ó de Virgilio?

*Sale el Galán.*

GALÁN. Toda la villa me aguarda;  
estén todos prevenidos  
y la música esté á punto.  
¡Villano, necio, atrevido,  
salte allá fuera!: ¿qué quieres?  
VILLANO. A echar la loa he salido,  
y según la gente veo  
casi estoy arrepentido.  
El haber entrado aquí  
sólo está en haberme visto  
la gente, que pues me miran,  
pardiobre, también los miro.  
Yo era autor en mi lugar  
y de todos muy querido.  
Hacia un galán con calzas  
y un pastor con su pellico.  
Estimábanme en mi puebro  
hombres, mujeres y niños,  
y me echaban bendiciones  
como si fueran obispos.  
GALÁN. Salte fuera, mentecato:  
diré la loa.

VILLANO. Pasito,  
que aunque me ve en este traje,  
tengo muy buenos principios.  
Habremos á veces. Oiga;  
el intento á que venimos  
¿no es alabar el misterio  
del Sacramento divino?  
GALÁN. Sí.

VILLANO. Pues digo que está allí  
en aquel sagrado círculo  
el mismo Dios: ¿no es verdad?  
GALÁN. Verdad es, verdad has dicho:  
¿pretendes argumentar?

VILLANO. Sí, que he visto muchos libros.  
GALÁN. ¿Tú libros! de disparates.

<sup>1</sup> En las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

VILLANO. Respóndeme.

GALÁN. Di.  
VILLANO. Ya digo.

Diga: ¿cómo está en la hostia  
Dios, cuando el clérigo ha dicho  
aqueste es mi cuerpo?

GALÁN. Está  
como está en el cielo mismo,  
con su misma potestad,  
con su valor infinito,  
con su misma omnipotencia,  
con sus atributos mismos.

VILLANO. Pues si es verdad que está allí,  
como tiene referido,  
con su Omnipotencia toda  
el Verbo todo infinito,  
síguese que, pues la hostia  
es pequeño circuito,  
tan pequeño como ve,  
que estará Dios encogido.

GALÁN. No tal, no tal; porque Dios  
en misterio tan altivo,  
aunque la hostia es pequeña,  
no puede estar oprimido.  
Pruébolo: porque si es fe  
que está en esta hostia Cristo  
y en cualquiera parte della  
por mínima que haya sido;  
y que si Dios está en todas  
con la potestad que he dicho  
y es infinito en las partes,  
que en todo será infinito.

VILLANO. ¿Cuáles son los accidentes  
deste Sacramento altísimo?

GALÁN. El un accidente es pan  
y el otro accidente es vino.

VILLANO. ¿Y cómo están?

GALÁN. Sin substancia.

VILLANO. ¿La substancia qué se hizo?

GALÁN. Convirtiósese en carne y sangre  
como el mismo Dios lo dijo.

VILLANO. Este Sacramento santo,  
de tantas grandezas digno,  
diga, ¿cómo da la gracia?  
¡Juro á San que le he cogido!  
¿Satisfácele el villano?

GALÁN. ¡Loco estoy de haberte oído!  
Prosigue, pasa adelante  
con tu intención.

VILLANO. Ya prosigo.  
Hay aquí una mesa franca  
de un bocado sabrosísimo  
para todos los mortales,  
y quien nos convida es Cristo.  
No es este convite aquel  
que Lucifer á Eva hizo  
(como en el Génesis consta)  
cuando todos nos perdimos;  
ni el que puso Baltasar  
de su corte á los más ricos,  
como de Daniel nos consta  
en el capítulo cinco.  
Muy diferentes de aquestos  
son los convites de Cristo,  
pues convidando á Zaqueo  
le hizo mil beneficios;  
y en el de Simón sabemos

que la Madalena vino  
de pública pecadora  
á tener á Dios propicio.  
Junto al mar de Tiberiade  
convidando á sus discípulos,  
le dijo al divino Pedro:  
«Por mi Vicario te elijo».  
Y en el Jueves de la Cena,  
víspera de su martirio,  
convidándonos á todos  
con amor de padre á hijo,  
nos dió su cuerpo y su sangre;  
y agora nos da lo mismo  
cifrado en este bocado.

GALÁN.

¡Grande amor!

VILLANO.

¡Convite altísimo!

¿Satisfácele el villano?

GALÁN.

¡Loco estoy de haberte oído!

¿Quién eres?

VILLANO.

Pida el silencio,

que ha rato ya que argüimos,  
y adentro se lo diré.

GALÁN.

Pídelo tú.

VILLANO.

Ya le pido.

GALÁN.

Pues allá dentro te aguardo. (*Vase.*)

VILLANO.

Por dichoso me he tenido,  
villa ilustre, pueblo heroico,  
de tantas grandezas digno,  
único por sus blasones  
desde Andrómeda á Calixto.  
Hoy, no con pompa y riqueza  
de romanos artificios,  
aquesta fiesta os hacemos;  
amparadnos, admitidnos.  
Ea, cortesana gente;  
ea, hidalgos; ea, amigos;  
silencio, y haced mercedes,  
que hoy también las hace Cristo.

## 181

LXIII.—Loa.<sup>1</sup>

Por la puerta de la culpa  
entró la Muerte en la Tierra,  
que no viéramos su cara  
si ella no abriera la puerta.  
Era la Vida hijadealgo,  
pero perdió su nobleza,  
que la empadronó la culpa,  
y ha quedado por pechera.  
Es la Muerte ejecutor  
que á nuestra naturaleza  
cita al nacer y al morir;  
por remate saca prendas;  
las edades son los plazos  
de la ejecutada deuda,  
cuyos días son contados,  
pues el mayor llega á ochenta.  
Traba, pues, la ejecución  
sobre bienes que lo sean,  
porque el término forzoso  
algún tanto se suspenda.  
Es la Muerte un mirador

<sup>1</sup> De las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.

de donde claro se ojea  
lo profundo de la culpa  
y lo largo de la pena.

Es noche que sigue el día,  
puesto que muchos entiendan  
ser Josué deste sol,  
salud, contento y riqueza.  
Para un poco, claro día,  
detente tú, noche negra,  
que en lo largo y en lo corto  
os juzgo por nave incierta.  
Es Muerte piedra de toque  
en cuyas rayas nos muestra  
el Vicio su falsedad  
y la Virtud su firmeza.

Es un estrecho de mar  
donde la Vida se anega,  
la cual nada propiamente,  
pues nada más nada que ella.  
Arrojaldá á buena parte,  
olas de congojas llenas,  
que ya sé que es cuerpo muerto  
y le habéis de echar á tierra.

Es la Muerte un claro sol  
que descubre á la conciencia  
los átomos de la culpa  
por muy sutiles que sean.  
Tente, sombra de la vida,  
hasta pasar esta fiesta,  
que los pasos de la Muerte  
al paso que alumbran quemán.

Es el sepulcro del hombre  
casa propia solariega,  
que tan sólo es de alquiler  
la que goza por herencia.  
Casero y no morador  
és, si bien lo consideras,  
pues cesa el arrendamiento  
al punto que el dueño llega.

Es la Muerte para el rico  
campana que toca á queda,  
y en dándole quitarán  
las armas de su moneda.  
Su escudo y armas reales  
hasta aquí pueden traerlas,  
que aunque ellas digan *plus ultra*,  
sepan que miente la letra.

Es Muerte relox de sol,  
cuyas sombras nos enseñan  
las horas que van pasando  
y las pocas que nos quedan.  
Es acibar su memoria  
que pone al pecho la Iglesia  
para destetar un alma  
de sus gustos y ternezas.

Es una espada desnuda  
que está sobre la cabeza  
sin más fiador que un cabello  
ni más lejos que cabe ella.  
Alza los ojos, memoria,  
pues ves que de un hilo cuelga,  
y es tan lapso el de la vida  
que por momentos se quiebra.

Es la Muerte un artillero  
que á todas edades llega;  
que están cuna y ataúd  
en igual distancia della,

Batiendo está las murallas,  
y como no son de piedra,  
hace en ellas gran estrago  
cualquier bala de dolencia.  
Ponte, Tiempo, de por medio;  
sé deste muro defensa,  
que peto á prueba de muerte  
no hay monarca que le tenga.  
¡Oh corta y cansada vida!  
¡qué de males te rodean,  
qué de enemigos te siguen  
y qué de tiros te asestan!  
La Muerte viene en tu alcance,  
mas ten al Miedo la rienda,  
que ya tienes nueva vida  
si tú sabes usar della.  
Ya la Muerte espera muerte,  
nadie sin culpa la tenga,  
que á manos de aquesta vida  
sabemos que quedó muerta.  
Por la puerta de la gracia  
entró la Vida en la tierra,  
porque no hay vida sin gracia  
ni muerte sin culpa fea.  
Alhóndiga y armería  
es la militante iglesia,  
donde hay pan que te sustente  
y armas con que te defiendas.  
Es este pan celestial,  
para lo que toca á guerra,  
peto á prueba de la muerte  
por ser él la vida mesma.  
Es espada que te adorne;  
mas será, si bien no llegas,  
espada en manos de loco  
con que á ti mismo te hieras.  
En lo que toca á manjar,  
es maná que, si lo pruebas,  
á todas las cosas sabe,  
porque en Dios todo se encierra.  
Es ración que tiene el alma,  
y es tan rica su prebenda,  
que á darla menos que á Dios  
no fuera ración entera.  
Es un alto mirador  
desde donde la Fe ojea  
lo distante y lo profundo  
de la eternidad excelsa.  
Es Pináculo divino  
donde el mismo Dios te lleva  
á mostrar lo que dará  
la que adore su presencia.  
Es sol entre pardas nubes,  
y aunque sus rayos no veas,  
en sus efectos divinos  
verás que alumbra y calienta.  
Es Oceano del Padre,  
y tanto en cáliz se estrecha,  
que te puede en un instante  
pasar á la vida eterna.  
Es una piedra de toque  
á donde ser Judas muestra  
falso doblón de á dos caras  
y tomé, tomé de cuenta.  
Son sus blancos accidentes  
sepulcro donde se encierra  
el cuerpo de Cristo vivo

porque le coma la tierra.  
Es leche dulce y suave  
que tiene al pecho la Iglesia  
para sustentar un alma  
que se crió para reina.  
Es relox que da la una,  
y son las dos, si se cuentan:  
que la persona de Cristo  
tiene dos naturalezas.  
Es quinta esencia de bienes,  
pero no es sino primera,  
que aunque Dios es uno y trino,  
es solamente una esencia.  
Es vida de nuestra vida  
y es alma del alma nuestra,  
porque vivir sin comer  
repugna á naturaleza.  
«Comed, y no moriréis»,  
dijo la antigua culebra;  
y á decirlo deste pan,  
fuera infalible sentencia.  
Y pues es vida el manjar,  
llámese quien no lo prueba  
homicida de sí mismo,  
pues la tiene y la desprecia.  
Esta es la vida y la muerte,  
y con ser cosas opuestas  
las he querido probar  
con unas razones mesmas,  
en fe que la muerte es vida  
para un alma justa y buena,  
y la vida amarga muerte  
para un ingrato que peca.

## 182

LXIV.—Loa.<sup>1</sup>

Sale un PASTOR con cayado y zurrón, huyendo.

PASTOR. ¡Hi de puta, mala cara!  
¿de aquesa suerte picáis?  
¿que no le busque, queréis?  
mal conocéis á Pascual.  
Pardiobre, que aunque el infierno  
hoy me lo quiera estorbar,  
que he de buscar á Jesús.  
Mas ¿dónde le podré hallar?  
¿Habrá quien me diga dél?  
Pienso que pocos habrá,  
porque le conocen pocos,  
y vos por sus obras mal.  
¿Hay quien me diga, señores,  
dónde un pastor hallará  
á este hijo de David,  
este soberano Isaac,  
este Salomón divino,  
este león de Judá,  
este inocente cordero,  
esta sierpe de metal?  
¿Hay quien diga dél?

MÚSICO.

Sí.

PASTOR.

¿Sí?

Pues decidme dónde está.

<sup>1</sup> En las *Fiestas del Santísimo Sacramento*. Madrid, 1644.